
NECROLOGÍAS

PRIMITIVO DE LA QUINTANA LÓPEZ: «IN MEMORIAM»

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate

Es un privilegio para mí, aunque un triste privilegio, decir unas palabras hoy antes ustedes por la ausencia definitiva de nuestro compañero Don Primitivo de la Quintana. Deben ser palabras breves, pero serán profundamente sentidas.

Nació en Granada, que no es un mal lugar para nacer. Yo tenía con él eso que es lo que más une entre sí a los hombres, la amistad, una amistad profunda nacida de la mejor fuente: una comunidad de vida, una identidad de sentimientos, una profunda identificación en la fe religiosa. Su profesión fue la Medicina, y su vocación la humanidad, porque fue un hombre profundamente humano.

Voy a omitir la relación de todos sus cargos y actividades profesionales, que fueron muy importantes pero que alargarían en exceso mis palabras y vuestra atención. Su vida profesional, en el ámbito de la Salud Pública y de las Ciencias Sociales, fue extraordinaria. Se inició en Granada, su ciudad natal, pero se extendió por toda España y por fuera de ella. Fue una obra personal de la que emanó una obra científica, dejando copiosa labor escrita; cultivó asimismo el campo de la erudición histórica. En relación con este tema citaremos el estudio «La Muerte Negra y el Final de la Edad Media».

Pero su acción política por la Monarquía no fue menos destacada.

Persona de vieja tradición liberal siente la necesidad de superar el desgarramiento de la Guerra Civil y, a medidados de la década de los años cua-

renta, llega a la convicción del servicio que podría aportar la Corona a España. Firmó el «Manifiesto de Estoril», y perteneció al Consejo privado del Conde de Barcelona, atrayendo a otras importantes personalidades que se incorporaron en tiempo del Régimen de Franco a la causa monárquica.

La ocasión de nuestro encuentro, de nuestra amistad y de nuestra identificación, tuvo lugar en una experiencia que vivimos conjuntamente y que fue para él y para mí algo extraordinario. Me refiero a las Conversaciones Católicas de Gredos, dirigidas por un sacerdote ejemplar en el más profundo significado del término, el Padre Alfonso Querjazu, que representaron una importante contribución española a ese gran movimiento ecumenista y de renovación espiritual que fue el Concilio Vaticano II. En un librito editado sobre dichas Conversaciones, Primitivo hace estas reflexiones:

«A Gredos me incorporé con una gran esperanza y con gran temor; esperanza de encontrar el camino que mi antigua fe exigía, y temor a la posible desilusión que pudiera erosionar esa fe y mi incertidumbre del silencio de Dios... Vamos por la vida sin escuchar, sin entender y sin cavilar sobre el misterio de nuestro ser, y de pronto, como en la experiencia paulina, nos despertamos a una necesidad de trascender, de reflexionar, de explorar un nuevo camino, dejándonos llevar de la mano por la fe renacida que crece y se apodera de nuestro corazón turbado».

Proclamaba que hay unas exigencias de orden moral impresas en el corazón del hombre. Dichas exigencias se cifraban para él en el mensaje evangélico y se traducían para las ciencias humanas que, sin pérdida de su objetividad, han de ir acompañadas por la conciencia moral.

Recuerdo que un día, hablando con él, repetía las palabras del poeta Luis Rosales: «La muerte no separa nada». En esas Conversaciones, que versaron en una ocasión precisamente sobre la muerte, él decía que ésta era sólo un tránsito de la vida, y que todo en la Naturaleza era vida, «las cumbres, los arroyos, los prados y los chortales aparecen coronados por la presencia invisible del Espíritu en una comunicación fraterna que busca con emoción al Dios escondido y al Cristo encarnado y compañero». Decía Primitivo que el Espíritu señorea sobre las cumbres en un milagro de amor y esperanza, y que a través del amor, la piedad, la compañía y el verbo, se daba al espíritu religioso su verdadero sentido.

Estas bellas palabras son todas tuyas, ninguna mía. ¡Qué alma tan grande hay que tener para sentir así y poder hablar así! Recordaba la Epístola de San Pablo a los Gálatas: «Vivo en la fe de mi Dios, que me ama y se entregó por